

Cañeque, Alejandro, *Un imperio de mártires. Religión y poder en las fronteras de la Monarquía Hispánica*, Madrid, Marcial Pons, Ediciones de Historia, 2020, 480 págs. ISBN: 97884179459

La historiografía americana, al que pertenece este libro publicado en español, tiene la gran virtud de saber proponer las mejores síntesis. Sin contradecir este principio, el libro de Alejandro Cañeque es una excelente recopilación de todo lo que la historiografía ha producido sobre el martirio en la primera edad moderna desde hace unos veinte años. No solo eso. Es un libro que se enfrenta al reto de la reflexión comparativa sobre los territorios más desconocidos y lejanos al centro castellano de la potencia católica habsbúrgica: los dominios de los confines americanos, así como los territorios limítrofes del Norte de África o de Inglaterra que eran los de los “enemigos” de los católicos. De este modo el autor afronta y aclara, con una perspectiva general, la relación que se tejió en el proceso de expansión militar y religiosa de los territorios de la «monarquía compuesta» entre el martirio y la frontera en tiempos de los Austrias hispánicos.

Un imperio de mártires se compone de cinco capítulos. El primero de ellos es un estado de la cuestión de lo que se puede designar como la política martirial con la que la Monarquía hispánica administró sus territorios en los cuatro continentes. Los cuatro siguientes están dedicados, respectivamente, a “Los mártires ingleses y la lucha contra el protestantismo”, a los “cautivos y mártires en la pugna con el Islam”, a los “mártires y controversias en la conquista espiritual del Japón” y a los «mártires del Nuevo Mundo y la expansión de las fronteras del Imperio”. Por lo tanto, el discurso del autor sigue una estructura en cuatro partes, fiel reflejo de la que se fraguó en los atlas de la primera edad moderna a medida que los imperios ibéricos llevaban a cabo la expansión y colonización de las tierras americanas. Es quizás demasiado sistemático. En efecto, “el caso de Marruecos fue diferente”, reconoce Cañeque en la conclusión. De hecho, asimilar cautiverio y martirio no es del todo convincente, ni tampoco que se haga de Cervantes un autor martirial. Conlleva no tomar en cuenta que el cautiverio fue un fenómeno histórico recíproco entre musulmanes y cristianos desde ambos lados del Mediterráneo, y que de ningún modo los cautivos aspiraban a vivir un martirio, a pesar de padecer suplicios. El martirio se forjó a través de la apología y la aspiración a la santidad. No se confundió a menudo con el cautiverio. Sin embargo, es muy interesante la difusión que le dieron los franciscanos a la idea de martirio a partir de 1629, la interpretación de las guerras de las Alpujarras como un momento de martirio católico en el contexto del descubrimiento de los libros plúmbeos y de la constitución del Sacromonte de Granada -son interesantes al respecto las páginas dedicadas a la *Historia eclesiástica de Granada* de Bermúdez de Pedraza publicada en 1639-.

La creación de la nueva frontera, o más bien de las nuevas fronteras –pues el proceso de colonización fue largo y conflictivo–, en el “Nuevo Mundo” es el *terminus*

ad quem del proceso analizado. Es lógico pues que lo que atañe al Nuevo Mundo esté expuesto en el último capítulo. Se entiende asimismo que todos los espacios del martirio examinados en los capítulos anteriores sean considerados como antecedentes o condicionantes de las misiones del mismo. A pesar de todo, aunque en el libro se reproduzcan algunos grabados y pinturas de martirios, se podía haber incidido más precisamente en que no fueron solo los textos sino también las imágenes que incluían los mismos los que forjaron el ideal martirial.

Como pronto subraya el autor en la introducción, en este libro se trata de rescatar el carácter esencial del concepto de martirio desde una perspectiva alejada de la historia confesional. Dicho de otro modo, no se trata de exaltar el martirio. No cabe duda de que los innumerables impresos que hicieron circular el ideal martirial en la primera edad moderna eran de índole hagiográfica. El hecho de que el libro se concluya con unas reflexiones sobre el complicado acceso de los mártires de las misiones a la santidad lo demuestra. Pero el historiador no lee la literatura hagiográfica apegado a su sentido apologético y publicístico sin la distancia crítica necesaria.

Es significativo que bajo la pluma de Cañeque el martirio se convierta en “fenómeno martirial” que él hace el esfuerzo de situar “en un contexto imperial”. Para él se trata de demostrar que el martirio fue una vía de expansión territorial. Fue, desde luego, un ideal en el que se entrelazaban lo político y lo religioso, lo que no debe sorprendernos tratándose de la Monarquía llamada “hispanica” o “católica”. La administración de los territorios plurales exigió, como se sabe, una continua *negociación* con las realidades geográficas y sociales locales, a menudo conflictivas. No se hizo sin la Iglesia y, en particular, sin las órdenes religiosas misioneras -sobre todo franciscanos, agustinos y jesuitas- que fueron los representantes tanto del universalismo católico como del imperialismo hispánico allá donde evangelizaron. Fue un proyecto político: en Inglaterra, como en todos los demás territorios estudiados, el proyecto era crear un reino católico.

Esta perspectiva no es del todo nueva, pues desde que se han dedicado estudios a la representación del martirio en el ámbito del imperio portugués, con los trabajos de Federico Palomo y Charlotte de Castelnau, se ha pensado la relación entre el mundo católico, o la catolicidad, y la administración de los territorios y de las almas. Sorprende desde este aspecto que no estén más presentes en la bibliografía los estudios llevados a cabo en Europa sobre las misiones jesuitas en los últimos veinte años. Como en muchos otros ámbitos de la historia actual, en este libro dominan las referencias en lengua inglesa, lo que oculta a menudo la labor investigadora en otros idiomas que la ha precedido o acompañado.

El contexto de la Roma martirial de finales del siglo XVI viene expuesto en el primer capítulo, pues constituyó el poderoso impulsor del deseo martirial que tanto marcó el “ímpetu evangelizador”, en palabras de Cañeque, de la Monarquía hispánica, y en particular de la Compañía de Jesús, que tan hispánica, o ibérica fue, a pesar de su indudable romanidad. Para completar el panorama de la fiebre martirial romana de este capítulo titulado “El renacimiento de los mártires”, el examen, o siquiera la mención del conjunto de treinta y dos representaciones pictóricas del martirio por Niccolò Circignani, il Pomarancio, para la iglesia Santo Stefano Rotondo del Colegio Germánico-húngaro de jesuitas de Roma resultaría interesante; esta serie, difundida por la estampa y por copias pictóricas en España entre finales del XVI y principios del XVII, estimulando a su vez el deseo de martirio, hubiera completado el discurso, pues la lucha entre protestantes y católicos no solo tuvo lugar en Inglaterra.

Si está presente la referencia al Colegio de jesuitas ingleses en Roma cuya institución, y misión, corrió paralela a la del Colegio Germánico-húngaro, como demostró por ejemplo Gauvin Bailey en su libro sobre el arte jesuita en Roma de 2003. Sin embargo, el colegio de ingleses de San Albano ha dado lugar a varios estudios en España como el de Javier Burrieza, quien, sorprendentemente, no aparecen en la bibliografía. Por fin, el *revival* del martirio se fraguó en la época postridentina en una fiebre de posesión de reliquias de mártires con las que bellamente se abre el libro, evocando la traslación de los huesos de san Justo y san Pastor de Huesca a Alcalá de Henares en 1568 a los que varios estudiosos de la Universidad de Toulouse dedicaron artículos en 2005. Más recientemente, el libro dirigido por Stéphane Bacciochi y Christophe Duhamelle sobre la circulación y difusión de las reliquias de las catacumbas de Roma por el mundo a partir de finales del XVI (publicación École Française de Rome, 2016), marcó un hito en el campo abordado por Cañeque. La historiografía reciente ha insistido de forma muy convincente en la difusión de cuerpos martiriales, de reliquias en aquella época. Fue sin lugar a dudas una de las vías concretas de hacer circular el ideal martirial y de alimentar el deseo de martirio.

Las conclusiones manifiestan la fuerte impronta jesuita en esta historia. Lo que guía el discurso de Cañeque, en definitiva, es la lectura de los *indipetae*, aquellas cartas en las que los miembros de la Compañía reclamaban ser enviados a las Indias a evangelizar. Para ellos “los conceptos de evangelización y martirio se convirtieron en sinónimos” (p. 354). Asimismo, el proyecto de restauración del catolicismo en Inglaterra después de la subida al trono de Isabel I fue llevado por los jesuitas. Por fin, la misión del Japón fue el terreno de enfrentamiento de los jesuitas portugueses con los franciscanos castellanos, manifestándose en esa lejanía la resistencia de los portugueses a la hegemonía castellana. Pero como bien demuestra Cañeque, más allá de esta interpretación, se constata que los jesuitas recibieron el pleno apoyo de Felipe II y de Felipe IV, y que la falta de apoyo de Felipe III se debe matizar. Añadiremos que no se debe obviar que Francisco Javier, símbolo de esta misión, fue canonizado en 1622 a instancias de Felipe III (muerto en 1621).

En definitiva, la lógica imperialista de lo hagiográfico, a la vez apologética y programática, marca el “fenómeno martirial” ayer y hoy. Según esta lógica de enfrentamiento político se deben entender las canonizaciones colectivas de mártires del siglo XVI y XVII por los papas Pío IX y Juan Pablo II en los siglos XIX y XX.

Cécile Vincent-Cassy
Cergy Paris Université / UMR Héritages
cecile.vincent-cassy@cyu.fr